

---

---

## De Marx y Kafka, las cartas al padre

---

---

Las similitudes de dos personajes tan disímiles como Marx y Kafka no se refieren sólo a que de los dos se esté celebrando el centenario (muerte de uno y nacimiento de otro), o a que los dos fuesen de origen judío, los dos estudiaran Derecho y los dos manifestaran en su especialidad literaria las virtudes del genio, sino a que los dos tuvieron también peculiares conflictos con el padre, y la naturaleza de este conflicto quedará impresa en sendas y célebres cartas, aunque es necesario convenir en que mientras las cartas de Marx a su padre no atañen en gran medida a la sustancia plena y ulterior de su obra, la *Carta al padre* de Kafka se convierte en una pieza imprescindible para el mejor esclarecimiento del escritor praguense.

Así como Karl Marx escribió cartas a su progenitor cumpliendo las convenciones propias y obligadas de un buen hijo respetuoso al que se le piden explicaciones de su «orientación en la vida», la extensa misiva de Franz Kafka es ya directamente la suma desbordada e implacable de muchas sesiones en el imaginario diván psicoanalista de la conciencia epistolarmente expuesta. Pero salvando grandes distancias cronológicas, temperamentales e históricas, las cartas de Marx y Kafka a sus respectivos padres —los dos inmediatos antecesores de origen inferior al de su categoría social posterior, los dos vástagos educados en la tónica de la cultura alemana— son elocuentes en relación a la mayor o menor influencia paterna y ayudan a componer el cuadro de los orígenes formativos individuales, a caballo de los siglos XIX y XX, de dos de los cerebros más consistentes y contrapuestos en el panorama de la economía política y de la literatura onírico-simbólica y cuyos distintos derivados de lo «marxista» y lo «kafkiano» constituyen dos categorías de pensamiento insoslayables, los dos integrados por la dialéctica y a su vez dialécticos entre sí.

«Nunca puedo hacer tranquilo/lo que atrae mi alma con vigor,/nunca puedo estar en calma,/siempre marchó sin parar./Todo quiero conseguirlo,/todo bello don de Dios,/penetrar la ciencia, el arte,/abarcarlo todo yo.» Estoy seguro de que la traducción, no mía desde luego, empeora lo que ya a simple vista parece malo de por sí, o de escasa entidad lírica, o sea estos versos del muy joven Marx, llamado a otras lides; pero desde Mehring, el biógrafo clásico de Marx, como cita Blumenberg, las primerizas tentativas poéticas del autor de *El capital* vienen a ser un asunto desestimado. También intentó la novela. Que Marx no haya pasado a lo que llamamos posteridad como buen poeta y buen novelista depende sencillamente de que abandonó casi en la adolescencia estos géneros, porque sería ingenuo pensar que una mínima perseverancia no hubiera arrojado cualquier cosa plausible, y en el cambio de trayectoria probablemente influyó la valoración paterna: «Te lo digo abiertamente, tus talentos me llenan de gozo, y espero mucho de ellos, pero me dolería mucho verte convertido simplemente en un pequeño poeta... Solamente —añadía el padre— el que

es excepcional tiene derecho a atraer sobre sí la atención de un mundo mimado.» El padre de Marx no desestimaba la poesía, sino la pequeñez en poesía. Como otros padres del acervo común, quiso prolongarse intelectualmente en el hijo y anular de esta manera algunas de sus presuntas frustraciones.

Marx, un muchacho de extraordinaria y precoz capacidad en la que el padre había depositado su confianza, fue a estudiar a Bonn y a Berlín, se dedicó a gastar por encima de sus posibilidades, a escribir poemas mediocres y algunas, al decir del padre, «terribles chapuceras», malgastando su talento en «oscuras divagaciones», cuando no guardando silencios inquietantes para la paz del hogar lejano y, lo que resultó peor, comprometiéndose secretamente en amores con Jenny von Westphalen, la cual pertenecía a una familia de absoluto respeto y consideración a los ojos del padre, que llegó a albergar el temor de que su hijo bienamado no pudiera hacer frente a ese compromiso con la debida dignidad.

Estos son algunos de los datos que intervienen en el conflicto de Marx con su padre, que nutrió parte de la correspondencia. Se conservan varias cartas del padre y una sola de Marx, quizá la más importante de las que escribiera sobre el tema y que Blumenberg califica de «gran confesión». Marx, a sus diecinueve años, le ruega al padre le sea permitido examinar «el concepto que tengo de la vida en general: la veo como expresión de un quehacer espiritual y que adopta forma en todos los sentidos en la ciencia, en el arte, en las cosas privadas». Dicho «concepto de la vida en general» se refiere al surgimiento del amor y sus desasosiegos, al lirismo frustrado y a la búsqueda vehemente y destemplada de un lenguaje y un punto de partida verosímiles, «hasta que conseguí la modernidad y el punto de vista de la opinión científica actual», no sin caer enfermo y quemar luego todas las poesías y proyectos de novelas; en suma, una evolución y unas incertidumbres bastante propias de un joven precoz, pero que tuvieron la virtud de escandalizar al padre, muy exigente o esperanzado, dentro de cierto liberalismo y delicado tacto, y que llegó a escribirle: «¡Esto clama al cielo!»

La carta de Marx al padre, escrita aún en la adolescencia, refleja lo que se puede entender —a la vista de los resultados— como una saludable influencia paterna inicial, y no va más allá en la consolidación ulterior de lo que habría de constituir el eje consagrado de Marx, la formulación de sus grandes teorías y superaciones —una de las cuales consiste en la asunción de Hegel impugnándolo en parte—, mientras que la carta de Kafka, redactada a los treinta y seis años de edad, cuando sólo le quedaba un lustro para morir, participa indisolublemente de la más honda sustancia del desarrollo de toda su persona y de toda su obra literaria, lo cual, comparativamente con Marx, no deja de sugerir un delicado problema. Lo veremos más tarde.

Entre los textos de Kafka, quizá la *Carta al padre* sea el más lúcido. Junto a otras cosas, aquí ya no se trata de buscar imágenes —a título de «correlato objetivo»— representativas de la conmoción absurda, la ajeneidad del mundo y la conciencia de culpa, sino de desentrañar por parte del sujeto los orígenes y causas principales donde él cree que radica su concepción de la vida, y aquéllas toman inevitablemente al padre como coautor, fuente del miedo kafkiano que, a su vez, es el que alienta la alienación y determina, al parecer, las claves del pronunciamiento literario.

El motivo de la carta aparece en las primeras líneas: «Ultimamente me has

preguntado por qué afirmaba yo tenerle temor.» Kafka explica su miedo al padre por carta, una carta preñada de respeto y claridad, deseosa de refugiarse en la cobertura de la inocencia mutua —que no desvirtúa, por supuesto, la densidad del conflicto, tipificado, trascendido como culpa/inocencia—, pero también implacable en la estructura lógica del razonamiento. Curiosamente, cuando el propio Kafka emplea la palabra «kafkiano» es para aludir a la naturaleza prepotente, vitalista, sana y agresiva (o «grosera») del padre, mientras que él mismo, con la sobrecarga onírico-simbólica que le conocemos, se acoge a la rama de los Löwy, la familia de la madre, gente de otra clase de educación, quizá más sensitiva, exótica, soñadora y evanescente. Para Kafka la palabra «kafkiano» era la fortaleza del padre, su apetito y dominio de las situaciones. Hoy, la palabra kafkiano significa universalmente lo contrario, lo que cuenta Kafka en sus historias de atmósfera enrarecida, justamente «löwyana», un mundo de soledad, incomunicación y culpables sin culpa legislada. Lo kafkiano puede tener la misma inexorabilidad de la tragedia griega, pero sin su misma violencia-espectáculo, justamente sin la mirada de los dioses. Es lícito pensar que se trata de una búsqueda contemporánea del «Paraíso perdido», pero agnóstica. La contemporaneidad lo que ha hecho —y Kafka sería uno de los que ostentaría esta representación— es librarnos de la idea de Dios dejando intacta la noción —y la necesidad— del Paraíso. Lo que se llama un mal negocio.

Conociendo el vigor y la «normalidad» del padre y el «desequilibrio» psicosomático del hijo, enfermo de cuerpo y demasiado sutil de espíritu, no es difícil imaginarse la naturaleza del conflicto, en el que Kafka se declaraba temeroso y anulado en presencia del padre: «Había perdido la confianza en mí mismo ante ti; en cambio, lo había transformado por un infinito sentimiento de culpabilidad.» La mujer, el amor, el matrimonio hubieran significado la independencia, un acto de afirmación y la igualdad casi competitiva con lo que el padre había forjado un hogar, un reino; mas para esto habría sido necesario se encontrara en posesión de todas las virtudes que reconocía (y admiraba/despreciaba con enorme ternura) en su padre. De modo que a causa de esta matizada ascendencia paterna y de la absorbente atracción rival que ejercía la literatura, Kafka no pudo realizar lo que verdaderamente contenía, a su juicio, materia de salvación: el matrimonio.

Como parece lógico por razones hereditarias, sociales y educativas, Marx y Kafka sufrieron (o gozaron) la influencia de sus progenitores. No se trata de llevar esta influencia a extremos de absoluta determinación, pero es un factor que cuenta. Es plausible aceptar que la ascendencia del padre de Marx, el tipo de influencia y estímulo que le impartió a su hijo resulta de alguna manera coherente con la clase de inteligencia y el vasto ensamblaje político y económico que éste organizó, siempre dentro, desde luego, de las variaciones que lo incontestable del azar imprime, y, por otra parte, Kafka no es sino la contrafigura del padre, lo opuesto, y se sabe que a Kafka no le gustó nunca la tienda ni los negocios y que al trabajo en la compañía de seguros (para ello siguió un consejo de su «tío de España», el dirigente de ferrocarriles) debemos, por oposición, el reforzamiento de los ideales vocacionales.

En el caso de Marx no hay tanto problema como en el de Kafka, si bien los exilios, las persecuciones, la miseria y los trastornos políticos y sociales a que fue sometida la

existencia del autor de *La miseria de la filosofía* debieron diferir bastante de los sueños paternos, no así la infraestructura intelectual, la gravitación de un pensamiento sólido, serio, respetable y la fama: «La esperanza halagüeña —decía el padre— de ver tu nombre *alguna vez* en las cimas de la fama» (la cursiva es nuestra).

En Kafka, por el contrario, el padre influyó «negativamente», y la especie la podemos aceptar desde el momento en que el autor de *La metamorfosis* empareja la «debilidad», la «carencia de confianza en sí mismo» y el «sentimiento de culpabilidad» con la educación recibida (por lo demás, yo a ningún padre le haría el obsequio de un niño como Kafka), pero al mismo tiempo —y esta es la paradoja, por cierto, bien kafkiana— a la negatividad del padre, literariamente hablando, debemos la existencia de Kafka como tal escritor del absurdo. Hay que aceptar, pues, al padre como un valor que generó la «contestación».

Con independencia de tales circunstancias, el marxismo y el kafkianismo —acéptese el giro inusual— son opuestos entre sí y a la vez complementarios, identificados al menos en la denuncia de la alienación con sus matices, en Marx, de resolución económica y social y, en Kafka, de irresolución escatológica. Si Kafka hubiera vivido antes que Marx lo tendríamos fácil: Kafka habría sufrido y denunciado la alienación, y Marx, con su empirismo científico, la habría resuelto. No es así. Marx padece a Kafka. A las resoluciones prácticas de Marx se oponen, aún, la historia y Kafka. Y me atrevería a considerar, con melancolía y a mucha distancia del socialismo utópico, que la salvación menos polémica del marxismo puede ser también utópica, con tal de distinguir el marxismo del llamado «socialismo real» llevado a la práctica en los países del este. Las insuficiencias prácticas del cristianismo no afectan la esencia de Cristo. Algo así parece que se abre camino respecto a Marx, salvando todas las distancias que se quieran. Es decir, que la puesta en práctica no agota a Marx, cuya obra puede ser una y mil veces reconsiderada a partir de sí misma, como si el desencanto de la realidad no hubiera reclamado sus prerrogativas, lo cual, si nos damos cuenta, es realmente kafkiano. El joven praguense es el autor de esta frase: «Leopardos irrumpen en el templo y se beben y vacían los jarros de los sacrificios. Esto se repite siempre. Finalmente, se puede prever y se convertirá en una parte de la ceremonia.»

Marx es a la injusticia del «peso de las cosas» lo que Kafka es al desamparo humano en un mundo sin leyes conocidas. Se me podrá argüir que son valores de distinto orden. No tanto. Los enigmas de la ontología y la metafísica se hacen más insoportables sin el símil del pan y las vacaciones.

A los cien años de la muerte de Marx y a los cien años del nacimiento de Kafka, en esta breve conmemoración que sólo trata de señalar ciertas similitudes epistolares, nos interesaría asumir la compleja esperanza de Marx restituida en lo posible a la impoluta gracia de la teoría y la función perfeccionista de la utopía, todo ello sazonado por la sistematización de la angustia y el pensamiento de Kafka. De todas formas, lo que resulte «tampoco» podremos controlarlo, y «así pasa esta era sobre nuestro pecho» (es el verso de Attila Jozsef, que siempre recuerdo en los momentos de apuro).

EDUARDO TIJERAS  
*Maqueda, 19*  
MADRID-24